

JOSEP M.^a MARGENAT (ed.): *Escritos del Papa Juan XXIII*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer, 2000, 381 pp., ISBN 84-330-1524-9.

El siglo xx no ha podido finalizar sin lo que debe ser considerado como un gran acto de justicia: la beatificación de Juan XXIII, el Papa que convocó el Concilio Vaticano II, último concilio ecuménico de la Historia de la Iglesia. Fue el 3 de septiembre de 2000, en una solemne ceremonia celebrada en Roma y en la que también fue beatificado un hombre de talante bien distinto, Pío IX. Antes y después ha surgido una literatura muy importante y se han celebrado diversos eventos con el fin de recordar la figura de Angelo Giuseppe Roncalli.

La editorial Desclée de Brouwer, una de las más potentes en el mercado religioso, ha encargado a Josep María Margenat la recopilación de los escritos más destacados de Juan XXIII, al mismo tiempo que ha ofrecido a José Delicado Baeza, Arzobispo de Valladolid, la redacción del prólogo. Afirma Delicado, y yo estoy plenamente de acuerdo con él, que Juan XXIII fue, por encima de todo, un Papa cercano, y que sus escritos se encuentran invadidos por una sencillez y una «confianza simpática en el amor de Dios indefectible con un optimismo alejado de los profetas de desgracias» que son claves para entender la plena identificación de todos y cada uno de los católicos con este Papa de aspecto bonachón. El Arzobispo de Valladolid también destaca su espíritu compasivo y consolador ante las necesidades de los más débiles, su celo apostólico y su amor a la Iglesia y a todos los hombres. El pontificado de Juan XXIII fue breve cronológicamente, pero de una intensidad difícil de igualar.

Al prólogo de Delicado Baeza le sigue una introducción a los escritos (llama al capítulo «La fuente en la plaza»), escrita por Margenat el día mismo de la beatificación de Juan XXIII. Considera Margenat que algunos de sus escritos eran complejos y largos (con lo cual contradice, en cierto modo, la opinión de Delicado Baeza), y que además sólo en parte estaban redactados por la misma mano del pontífice. En cualquier caso, el elemento clave de la gestión de Juan XXIII es, evidentemente, el Concilio Vaticano II, ya que éste, según Margenat, «reintrodujo el catolicismo contemporáneo en el surco central de la gran tradición». Fue decisivo en este sentido la capacidad de convicción y de atracción que poseía Roncalli, porque, con su visión no pesimista de la historia y con el abandono de una cultura del miedo y la sospecha, consiguió liberar el miedo y las preocupaciones de los padres conciliares.

Con el fin de que el autor tenga una debida orientación temporal, Margenat incluye una cronología bastante amplia, de más de diez páginas de extensión, donde se dan a conocer los principales hitos de la vida de Juan XXIII. Con todo esto como un largo y completo preámbulo, el primer texto que se nos da a conocer era fácil de predecir: la convocatoria del Concilio Vaticano II, realizada en una alocución a los cardenales en la basílica de San Pablo Extramuros el 25 de enero de 1959. Tal texto vendrá seguido de una amplia explicación del mismo a cargo de uno de los más brillantes historiadores de la Iglesia, Hilari Raguer, quien revela la época de enorme dificultad en que este anuncio fue realizado. Porque en aquel momento el mundo se hallaba dividido en dos bloques difícilmente reconciliables, el capitalista y el comunista, con Estados Unidos y la Unión Soviética como directores respectivos, y porque la Iglesia se encontraba postrada en un importante inmovilismo tras el conservador papado de Pío XII. De hecho, el propio Tardini, Secretario de Estado, trató de

disuadir de alguna manera a Juan XXIII recordándole que la diócesis de Roma debía celebrar antes un sínodo, pero eso de ninguna manera truncó los proyectos de Roncalli. El sínodo, cumpliendo las normas, se llevaría a cabo, y lo mismo sucedería con el concilio.

El segundo texto escogido por Margenat es una gran encíclica de Juan XXIII, la *Mater et magistra* (15 de mayo de 1961), centrada en el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana. En ella decía Juan XXIII, de manera muy clara, que «así la universal solidaridad humana como el sentimiento de la fraternidad cristiana exigen, de manera absoluta, que los pueblos se presten activa y variada ayuda mutua, de la cual se seguirá no sólo un más fácil intercambio de bienes, capitales y hombres, sino además una reducción de las desigualdades que existen entre las diversas naciones». El pontífice se había percatado ya de la cada vez mayor desigualdad existente en el mundo y que ha llevado a configurar un Tercer Mundo donde las opciones y las posibilidades son, en ocasiones, ínfimas. Esta vez el comentario correrá a cargo de Ildefonso Camacho, quien realiza un análisis bastante completo y llega incluso a hacer subdivisiones. Para él, hay cuatro partes fundamentales en la encíclica: la enseñanza del magisterio anterior (parágrafos 10 al 50), la actualización de las enseñanzas de los predecesores (51 a 121), los nuevos y más importantes problemas del mundo (122 a 211), y las relaciones de convivencia y la aportación de la Iglesia (212 a 264). A su juicio, las grandes aportaciones del documento pontificio, en su momento histórico, serían una visión más serena y equilibrada del sistema de organización socioeconómica, una mayor conciencia de la dimensión mundial de los problemas y un enfoque innovador de la presencia de la Iglesia en este mundo. Pero la *Mater et magistra*, como documento plenamente vigente que es, también tiene sugerencias para el mundo de hoy, como una ética mundial como base de la convivencia de todos los pueblos y el reconocimiento del primado de la persona, que es «fundamento, causa y fin de todas las instituciones sociales».

El tercer texto es un discurso pronunciado el 11 de octubre de 1962 en la basílica de San Pedro: no se trata de un discurso cualquiera, sino del destinado a inaugurar el Concilio Vaticano II. Titulado «Gaudet mater Ecclesia», constituye una justificación en toda regla del evento. Juan XXIII era duro con quien se obstinaba en señalar la decadencia de la Iglesia y que el fin de la misma estaba próxima, y a estos les respondía que el objetivo del concilio sería «que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz». María Martinell, la encargada de comentar este texto, destaca que el discurso de Juan XXIII no acabó aquel mediodía, sino que, por la noche, una gran muchedumbre del pueblo de Roma fue acudiendo para reunirse en la plaza de San Pedro, justo debajo de la ventana del Papa. Algunos llevaban antorchas, como había sucedido en el Concilio de Éfeso, y a tal explosión de entusiasmo el papa Roncalli no pudo permanecer indiferente. Se dirigió a los fieles, en lo que se conoció como el «coloquio de la luna».

Es precisamente el «coloquio de la luna» el cuarto texto que Margenat ha seleccionado, del cual dice Secondo Bongiovanni, con todo acierto, que no tiene sentido buscar una unidad formal, ya que se trata de una intervención improvisada que transluce más que ninguno la cercanía de Juan XXIII a los católicos del mundo entero. Porque, si había algo que distinguía a Angelo Giuseppe Roncalli, era su capaci-

dad para acercarse a todo el mundo y sobre todo para que este le sintiese cerca, frente a la rigidez aristocrática de Pío XII.

La otra encíclica célebre de Juan XXIII es la *Pacem in terris*, centrada en la paz entre todos los pueblos, que ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Desde luego, no podía ser publicada en un momento más oportuno, pues hacía pocos meses la crisis de los misiles de Cuba había puesto al mundo al borde de una tercera conflagración mundial. Como dice Joaquín Ruiz-Giménez, uno de los seculares españoles más importantes de este siglo pasado, en una época que se jacta de poseer la fuerza atómica, resulta absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado: Juan XXIII, frente a los que intentan potenciar la guerra ofensiva, recuerda que sólo es lícita la guerra de legítima defensa.

La obra se cerraría con otros textos y documentos, como uno donde se muestra la visión de la célebre Hanna Arendt sobre el pontífice, o el testamento espiritual de Juan XXIII (espiritual porque era evidente que no tenía legado material que hacer al mundo), y un índice conceptual, que ayuda al autor a encontrar los principales temas tratados por el pontífice. En definitiva, un libro francamente interesante, compensado, ameno y que nos muestra lo más destacado de un Papa que marcó toda una época de la Iglesia católica.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-BALADO - LORIS FRANCESCO CAPOVILA: *Juan XXIII. Anécdotas de una vida*, Madrid, PPC, 2000, 342 pp., ISBN: 84-288-1632-8.

El 3 de septiembre de 2000 se produjo uno de los acontecimientos de mayor relevancia en el seno de la Iglesia católica: la beatificación de Juan XXIII, junto a la de Pío IX. Todo ello ha supuesto la ocasión para la proliferación de una amplia literatura sobre la que parece difícil discutir que se trata de una de las grandes figuras del catolicismo contemporáneo. Si hace casi veinte años José Luis Martín Descalzo hablaba de Vicente Enrique y Tarancón como «el cardenal del cambio», por la misma razón deberíamos recordar a Juan XXIII como «el Papa del cambio».

La editorial PPC, una de las principales productoras en el mercado del libro religioso, ha decidido apostar por una forma novedosa de historiar que, sin renunciar al rigor y la seriedad que debe imperar siempre en cualquier obra sobre la materia, permita al lector adentrarse en aquellos aspectos que normalmente le son peor conocidos. Y lo ha hecho a través de un consumado historiador de la Iglesia, José Luis González-Balado, al que tengo el gusto de conocer y haber tratado personalmente, y del que puedo asegurar que su conocimiento del catolicismo, sobre todo el español, es bastante notable.

Porque, aunque figure en el título una doble autoría, en realidad el escritor de las páginas en las cuales nos adentramos es González-Balado. Sin embargo, éste ha querido aprovecharse de su excelente relación con Loris Francesco Capovila, secretario de Juan XXIII de 1953 a 1963, para poder enriquecer al máximo el conjunto del libro. Según confiesa el autor, Capovila le mostró inicialmente importantes reticencias para colaborar, porque, a su juicio, lo que al final se podía estar haciendo era,